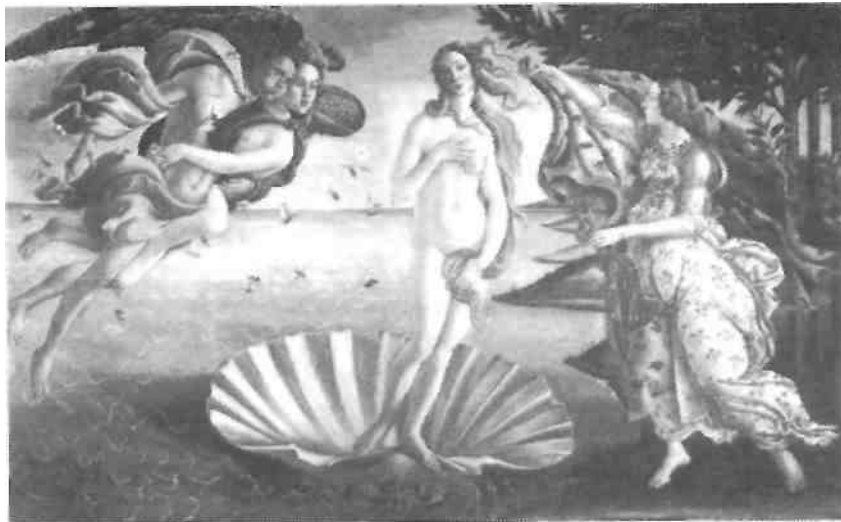


EDITORIAL



Botticelli, *Nacimiento de Venus*. Florencia, Galería de los Oficios

UNA REVISTA MULTIDISCIPLINARIA: PEDAGOGÍA Y LITERATURA

Muchos de nuestros lectores se preguntarán qué tiene que ver la relación pedagogía-literatura con la situación educativa del país y del mundo. Creo que es posible responder a esta pregunta con la siguiente historia que, en alguna ocasión, me refirió mi amigo Eutimio Ortegón: «Una noche entre las noches conversaba con el Maestro Ornar González, excelso lingüista egresado del Instituto Caro y Cuervo y profesor de la Universidad de Antioquia por muchos años, que dejó una huella imborrable en los que disfrutamos de sus enseñanzas y de su humor. La conversación entre mis amigos versó acerca de las construcciones escolares y específicamente sobre los materiales que debían intervenir en su construcción. Al ser preguntado por los materiales de los cuales deberían estar fabricadas las paredes de las escuelas, el maestro Ornar González respondió que debían estar hechas de vidrio para posibilitar que la imaginación de los estudiantes se fugase». De cierta manera se puede afirmar que una función semejante a la del vidrio en las construcciones escolares es la que cumple la literatura en relación con la escuela, el maestro y el alumno. Ella inserta a los infantes y maestros en un paisaje mítico, que es descrito por Ernesto Volkening con lucidez y abundancia de detalles:

Primero que todo, la niñez vista desde otro ángulo, da la impresión de un fenómeno independiente, autónomo, desvinculable hasta tal punto de la continuidad observable en la vida del individuo y, en particular de sus posteriores fases evolutivas, que se nos hace muy difícil, por no decir imposible, aplicarle las usuales categorías cronológicas. Es como si en la infancia se detuviera el tiempo o adquiriera las dimensiones del tiempo mítico, en cuyo seno, parecido a la enroscada efigie del uroburos, la serpiente que se muerde la cola, se confunden el origen y el fin. A la sucesión temporal se sustituye la simultaneidad, en la cual queda suprimido todo devenir y los acontecimientos se yuxtaponen, agrupándose conforme a su mutua relación interna. En contraste con el tiempo sustraído a la percepción visual, la edad infantil, captada en un enfoque retrospectivo similar al flash back cinematográfico, se sitúa dentro de los límites de nuestra visión interior que la aprehende como fenómeno espacial. A mayor abundamiento, su espacialidad toma apariencias de paisaje, el cual, es cierto, se distingue por algunos rasgos esenciales de todos los paisajes que nos sea dable contemplar en la realidad. Sin embargo, debemos guardarnos, al hacer esta distinción, de tildar tales imágenes de ilusorias (Volkening, 1976, 38).

Digamos que ésta es una forma de romper con el aislamiento cultural, a partir de que la infancia se sumerge en el paisaje mítico. Esta inmersión no es desde ningún punto de vista un operativo didáctico en el sentido de que no es un medio para alcanzar determinados fines cognoscitivos, sino que busca la libre expresión de la infancia en la evocación de los paisajes que constituyen su memoria y corporalidad. Volkening nombra los paisajes como:

*Las figuras que pueblan el paisaje de la infancia, el escenario de árboles frondosos y cristalinos, riachuelos, las nubes que van flotando perezosas por el firmamento, la brisa que susurra en el follaje, el acre olor de la aquilea a la vera del camino, el dulce lamento de la mirla y los trozos de una melodía caída de olvido, lejos de ser quiméricas elucubraciones, constituyen la propia sustancia, de la cual se nutrían los días idos. Son los alciónicos veranos de Balbec con su áurea plenitud y el celeste torbellino de faldas de color azul, blanco, rosa, los que surgen, sin haber sido llamados, ante los ojos de Marcel Proust y es la juventud, qué digo -es el propio muchacho en traje de marino, cuya silueta vislumbra el anciano doctor Isaac Berg, entre despierto y dormilento, durante su último viaje evocado por Igmarr Bergman en la película visionaria *Fresas silvestres*— sólo que la visión en su conjunto se transfigura, ora volvién-*

dose mágicamente diáfana, ora nadando en un mar de luz tan gloriosa, que el protagonista y el espectador al unísono se sienten tentados a exclamar: ¡jamás hubo un verano como éste, ni volverán a cantar las aves como cantaron, no sé cuando, ebrias de sol y derritiéndose en extáticos gorjeos!

Por tales indicios entendemos que el panorama, al cual nos transporta un instante de sublime arrebatado, es un paisaje mítico, nacido del mito de la Eterna Juventud que parece estar al alcance de la mano, mas a un tiempo se recata en azuladas lejanías. Visto desde el presente de quien lo vive, todo lo mítico es pura trascendencia, lo es de tal modo que la tragedia, pero también la grandeza (aun en el error) de Proust y de su perenne, si bien frustrada (mas en su misma frustración conmovedora) «búsqueda del tiempo perdido», quizás arraiguen en la creencia de poder aprisionar en su propia corpórea, sensual y concreta realidad la esencia de algo que trasciende el plano existencia! y sólo puede ser revivido en los momentos de la Gracia que, a decir verdad, le fueron deparados en no pocas ocasiones al novelista. Su trágico error no les quita -fuerza es recalcarlo- ni un ápice, sea a la magnitud, sea a la singularidad de tamaña empresa, y menos aún implica una fantasmagórica desfiguración de la imagen contemplada. En último análisis, el paisaje mítico es tan real como el escenario que veo en este momento, mirando por la ventana, e incluso tienen un grado de evidencia superior, mucho más convincente que la accidental configuración de azoteas, paredes, patios y chimeneas de las casas vecinas, si bien se trata de una realidad de otra especie situada en un plano distinto y edificada, como desde un centro oculto, conforme a ignotas leyes de estructura (38).

La transparencia de las paredes se vuelve transparencia del alma, que bien puede ser leída como la adopción de los múltiples disposiciones que la infancia lleva en su interior y son potenciados por la literatura. Y el maestro se vuelve un lector de los paisajes que portan sus pupilos, sin dejarse limitar por la propia acción de enseñanza o de observación del aprendizaje de su pupilo:

En lugar de un segmento limitado por el ángulo visual del observador, abarcamos los vastos horizontes de un mundo, cuyos confines se extienden hasta donde lleguen los órganos perceptivos del alma, a la vez que se supera en una como coincidencia oppositorum el habitual distanciamiento entre el sujeto contemplador del objeto contemplado. Ciertamente, la contemplación de cualquier paisaje "real" surtirá similares efectos siempre que uno lo mire con ojos de artista, o sea cuando el panorama, ejerciendo una suerte de fuerza magnética, nos trae, por decirlo así, hacia su centro y desde allí lo divisamos como un conjunto circundante. La única diferencia quizás estribe en la génesis de la experiencia: el enfoque artístico de no importa qué trozo del mundo real se produce en el mismo instante en que veo, ya no un conglomerado de partes ensambladas de tal cual manera, sino una totalidad coherente, orgánicamente estructurada e indivisible, y en tales circunstancias puede convertirse en "paisaje" hasta una constelación fortuita como la que se destaca a través de mi ventana. Distinto es, en cambio el estado de ánimo que nos traslada a las regiones del mundo mítico (39)

La formación en la literatura no sólo comprende al pupilo en su dimensión escolar, sino que hace que el maestro se relacione con él como personaje de una novela: uno se forma en la novela, pero no por una novela.

Jesús Alberto Echeverri S. Director Revista
Educación y Pedagogía

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

VOLKENING, Ernesto (1976). *Ensayos ;I*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.